

Todo se rompe

Julio César Ortega-López

Cuando dieron las tres de la mañana mi mamá ya había llamado a todas las mamás de las amigas de Mariana. Incluso telefoneó al director de la secundaria a su casa. Preguntó si de casualidad su hija no había ido aquella noche a la escuela por algo que hubiera olvidado dentro del salón, para investigar una tarea pendiente, cualquier cosa, por Dios. Se jalaba el cabello, desprendiéndose mechones del cráneo. Mi papá, que me había sentado en su pierna, me dejó sobre el sofá llegado cierto instante y trató de sujetar a mi madre, contenerla. Ella, resuelta, se desasíó de su abrazo y le atravesó la cara con las uñas.

—¿iDónde está mi hija!? —vociferó.

Volvió a coger dos mechones de cabello. Esta vez no pudo arrancarlos y en su lugar se desgarró el antebrazo con los dientes. Manó la sangre. Giró los ojos por toda la cocina, mirando a mi padre, mirándome a mí, mirando alrededor sin dar un paso, como si hubiera olvidado dónde se encontraba hasta que, en su arranque de dolor o de locura, algo llamó su atención dentro de la vitrina. Un plato de porcelana. Se trataba de un disco muy delicado con el dibujo de una rosa pintada en acuarela en el centro que ella jamás había osado mancillar porque lo estimaba como un objeto valioso. Cruzó frente a mí en dos zancadas, extrajo el platito de la vitrina y llamó a Dios diciendo:

—Dios, mío. ¡Devuélveme a mi hija sana y salva! —imploró—. ¡Devuélvemela entera!

Elevó el disco de porcelana por encima de su cabeza como una hostia. Hilos de sangre atravesaban su antebrazo. Lágrimas caían sobre sus dientes apretados. Entonces cerró los ojos, preparada para el estallido de la porcelana fina, y lo lanzó con todas sus fuerzas al suelo.

Pero el estruendo no fue el esperado.

Todo lo que escuchamos fue el capirotazo del plato sobre los mosaicos, rodando sobre su canto redondo con un ruido hueco y punzante. Fue aún peor que si hubiera

estallado en mil pedazos porque giraba, giraba, giraba y giraba, y ni mi madre ni mi papá tuvieron el valor de abrir los ojos ante esa especie de milagro intolerable que podía significar cualquier cosa, el advenimiento del mejor o del peor de los escenarios.

Este es el primer recuerdo que tengo de mi mamá.

Berenice,

Aún no se me olvida el día que te fuiste de la casa. Estabas llorando, parada lejos de la puerta, con todas tus cosas del cofre metidas en una bolsa. Cuando las vi, yo ya sabía lo que me ibas a decir. Pero antes de ese día yo no me lo esperaba. Hubiera querido saber qué decirte para que no te fueras. Tu hermana te necesitaba. Estoy consciente de que era una desconocida para ti, a pesar de que en tus primeros años, antes de que eso ocurriera, ella te quiso mucho. Era algo encimosa, mi pobre hija, a mí nunca me gustó que fuera así. No se me hacía bueno que ella te acostumbrara a los brazos ni que te sacara tan seguido de la casa. Te me ibas a acostumbrar a la calle y al rato ya no iba a haber manera de tenerte tranquila. Yo la regañaba, pero Mariana no me hacía caso, era desobediente, bien voluntariosa. Se enojaba y me decía que tú eras suya. Que tú eras su nena. Que ella era para ti como una segunda mamá.

A pesar del dolor que me produce saber ahora todo sobre mi hermana, en esa época ella no tenía un significado claro en mi vida. La pensaba como una parienta lejana que se había quedado de visita más de lo debido. En algún momento me di cuenta de que no la quería; mi resistencia a practicar ese amor (obligado) se debía a que había visto muy pocas veces su rostro. Quererla, amarla, como solía incentivar me mi madre arguyendo que «entendiera la pena de Mariana», era como persuadirme de que existe el aire sin yo haber visto nunca el movimiento de la hoja.

Pero esto no fue impedimento para que mi vida girase en torno a su puerta. La vigilancia rabiosa de mi madre sobre las emociones de la familia nos empujó, a mi padre y a mí, a adoptar actitud de luto en todo momento y, con tal de aplacarla, aprendimos a desplazarnos veladamente por los pasillos del basurero que alguna vez fue nuestro hogar.

Como de puntillas, fue pasando el tiempo.

Aún demoré unos años en tomar la decisión de irme tras la muerte de mi papá. Aquel fue el único hecho capaz de hacerme estremecer. Comencé a repasar mi vida y por primera vez me embargó la incertidumbre de qué podría sucederme a continuación.

Pensaba en ello algunas noches mientras caminaba por la colonia, cuando cogía mis ropas de calle del cofre del patio y escapaba de casa. En mis recorridos miraba,

destilando envidia, los objetos, sanos y salvos, que asomaban por las ventanas de las casas o detrás de los escaparates de las tiendas.

De cuando en cuando me acercaba al parque de La Rueda, cercado por calles poco concurridas, más allá de mi barrio, me sentaba en un banco y lloraba por mi papá. Me motivaba la idea de que el cariz pálido de cierta estatua meditabunda, cuya identidad nunca me molestó en averiguar, me permitiera recomponer sobre sus rasgos inmóviles la cara de mi papá, hecha de bruma. Pero noche a noche, como todo lo que formaba parte de mi vida, su voz, la forma de sus ojos, lo fui olvidando.

Volvía a la casa antes de que mi madre, siempre puntual, le diera su vuelta de las tres de la mañana a Mariana. Devolvía al cofre la ropa de calle, un reloj digital de pulsera, un par de tenis y un billete de cincuenta deteriorado —que nunca hubo la ocasión de gastar— y pasaba del patio a la casa por el umbral donde una vez estuvo la puerta de la cocina. Sospecho que mi madre sabía de mis escapadas. Jamás dijo nada.

Una de esas noches, al volver del paseo, soñé que recordaba la cara de mi papá (ahora, pensándolo bien, creo que el sueño no era sobre mi padre, sino sobre una cuestión distinta). Alguien tocaba la puerta de la calle. Nadie más se encontraba en casa, así que yo respondía. De entrada, no lo reconocí. Pensé que se trataba de un desconocido que se equivocaba de dirección, o quizá alguien que podía entrar por la fuerza, y yo le decía con un movimiento de la mano que se fuera a tocar la puerta de al lado. Pero entonces él daba un paso al frente, rodeándome, y enseguida me daba cuenta de quién era. Lo veía tan íntegro y de buen aspecto que el saberlo muerto desde hacía varios años, fulminado por un dolor de cabeza mientras colgaba unas cortinas en la puerta de su cuarto, no difuminó mi entusiasmo. Me lancé a sus brazos. Él daba unos pasos dentro de la casa, por lo demás limpia y ordenada, exenta de su enfermedad, y preguntaba por mi mamá, si ya habíamos comido, si no había venido nadie a preguntar por él mientras no estaba. Yo le prodigaba besos en la frente, en las mejillas, y su piel comenzaba a ponerse verde.

—Me voy a acostar un rato, hija —decía con la cara descompuesta—. Cuando tu mamá y tu hermana vuelvan, les dices que me fui a la casa a dormir. ¿Quieres ir?

Respondía que sí y comenzábamos a descender por unas escaleras de piedra entre paredes desnudas y frías y llegábamos al cabo de unos metros al final de un túnel, prácticamente a gatas, sumidos en una luz grisácea. Sin cama, sin sábanas a la vista, mi papá se echaba desnudo en el suelo de piedra, que a mí me daba la impresión de estar helado como el metal, y sentenciaba:

—Le mordieron los ojos a tu hermana.

Otras noches me incorporaba sobre el colchón, después de una pesadilla, y me pasaba los dedos por la frente, los párpados, la nariz: trataba de recordar cómo era

el rostro de Mariana. Abría los ojos y veía la noche iluminada que se filtraba por el hueco donde quizás hubo una ventana hacía más de una década. Me fijaba en ese rectángulo azulado, reparaba en el destello tornadizo de una estrella, rojo-blanco-rojo, y luego en el de otra, y otra, y así sucesivamente hasta que, ya lúcida, me daba cuenta de que no recordaba mi propia cara. En dichas ocasiones echaba de menos la presencia de un espejo, cuando menos la superficie refractante de un cubierto o una cacerola de aluminio... pero todo intento de convertir aquella ruina en un hogar quedaba reducida a polvo. Lo único que subsistía era una afirmación que me acompañaba en mi largo viaje hacia el amanecer: que yo no deseaba parecerme a ninguno de mis papás, y, sobre todo, a lo que me imaginaba que era mi hermana.

De camino a la escuela aprovechaba para peinarme en un espejito redondo que me llevaba conmigo toda la tarde y que devolvía al cofre al volver a casa.

Desde que estabas en el vientre te buscó mucho. Me ponía las manos encima de la panza y me decía con la voz temblorosa Si sale niño, me vas a dejar de querer, porque las mamás siempre quieren más a los hijos que a las hijas. Por eso me rogaba que fueras niña. Y cuando te vio por primera vez: ¡cómo te observaba, Berenice! Se flechó de ti. Luego ya que estuviste más grandecita se peleaban porque desde que empezaste a caminar fuiste bien tremenda, pegona y chillona, y si veías que yo le hablaba bonito a mi Mariana o la acariciaba, tú al instante hacías berrinche y te lanzabas a darle de patadas. Y a pesar de que Mariana recibía todos tus golpes y tus gritos, ella te defendía cuando yo me fastidiaba y quería ponerte tus buenos cates. No, no, no, mami, no le pegues, es malvada como todos los niños, quién sabe de dónde le vienen los malos sentimientos. Yo no te tocaba ni un pelo para darle gusto, pero la verdad es que, aunque eras mi hija, te me hacías algo malintencionada. A veces te odiaba.

Hoy, lejos de la influencia de mi mamá, de la puerta de Mariana y de la casa en ruinas, me parece una atrocidad haber dejado pasar el tiempo. Así como así, cumplí veinticinco años. Súbitamente el miedo a hacerme vieja y repetir el destino de mi madre en aquella casa me pesó en el ánimo. Además, la convivencia con ella se volvió cada vez más incómoda. Me contaba las porciones de comida, me espiaba en el cuarto donde hacíamos del baño, y si por alguna razón me desviaba de cierta ruta preestablecida que debía seguir dentro de la casa y pasaba frente a la puerta de Mariana, mi madre saltaba rápidamente desde la oscuridad y me pasaba las uñas por los brazos.

Me harté de ella, sí, pero había más. El que las cosas se me resbalaran de las manos con su pavorosa facilidad habitual dejó de parecerme un reclamo de la naturaleza. A mis ojos, las cosas comenzaron a tomar un cariz de magia negra o de burla divina. La mayor parte de mi infancia y mi primera juventud presencié mansamente

el efecto de la destrucción en todos mis deseos; ahora me cansaba de no poder tener nada propio. Todas las evidencias de lo que hubiera deseado —un cuarto recogido y caliente, un par de sábanas decentes sin desgarrones, un colchón sin resortes salidos— eran prácticamente inexistentes. Mi memoria se erigió sobre ausencias.

Si existí dentro de mi propio hogar fue porque deambulaba por todas partes, aburrida sin quehacer, esperando que el día acabara para irme a echar a mi colchón raído. Mi única ambición era despertar, en un abrir y cerrar de ojos, para poder salir a la escuela vestida con las cosas que guardaba en el cofre y hacerme pasar como una chamaca cualquiera.

Eso era lo peor de todo. Saber que las cosas se desenvolvían con pasmosa normalidad allá afuera. Mis amigas jamás iban a saber lo que era el temor, aparentemente supersticioso, de que el labial Bisú de diez pesos, comprado en el mercado, se desmontara entre sus dedos como una porcelana rota. Lo que no cabía en el cofre, lo innecesario, prefería regalarlo, tirarlo a la basura, enterrarlo en el patio, antes que verlo tocado por la enfermedad que parecía emanar de esa puerta cerrada que era la única que no se había salido de sus goznes... Ocasionalmente, me cruzó por la mente de la idea de que, lo que fuera que hubiera afectado tanto a Mariana, debía ser mejor destino que el que nos tocaba a nosotros acá afuera. Me reía a solas en mi cuarto.

Mi Mariana vino un día llorando al cuarto. Tenía yo una máquina de coser. No cosía muy seguido, pero a veces me daban ganas de dedicarme a arreglar los dobladillos de mis cortinas. Me senté a mi niña en las piernas y le pregunté si la había regañado su papá. Tu papá siempre le andaba gritando. A ti te fue bien. A ella le llamaba la atención hasta cuando salía lastimada por andar de guerrosa. Mi papá me pegó, me dijo que si juego mucho y grito, Berenice se despierta. Cuando tu papá le pegaba a mijita, a ella le dolía todo, menos las nalgadas. Sentía feo que la tratara de esa manera, ella era muy sensible. Mi niña, ve a jugar afuera, tu papá se enoja cuando haces ruido y la nena se despierta. Yo nada más veía sus lagrimones y sus dientes. No dejes que mi papá le dé sus nalgadas a Berenice. Mi niña, no te preocupes, no le va a pasar nada a tu hermanita, ella es pequeña. Y jamás te pasó nada. A mi hija, en cambio, siempre le fue mal. Quién sabe desde cuándo fue así, pero haz de cuenta que algo vino, como una mala racha, y a ella le empezaron a suceder cosas... A ti nunca te quise decir qué pasó con tu hermana. Ni tu papá supo bien a bien qué fue lo que pasó. El día que nos llamaron, bendito Dios, para ir a recogerla, yo fui la primera en entrar con ella. Hice bien porque en el instante en que la vi me dejé caer de rodillas al suelo y lloré. Tu papá no hubiera aguantado verla así.

Cuando recién desapareció, aquellos ocho (nueve) días atroces en los que Mariana desapareció, tal vez no lo sabía. Era una niña.

Pero ¿y luego?

Los años, la malicia, el fingimiento.

Ella era presa de un gran dolor que era sencillo adivinar (mas no fácil de imaginar), y tal vez eso fue lo que me echó de casa. No podía vivir en el mismo lugar en que ese recordatorio del dolor, agazapado tras la única puerta que quedaba en pie presidiendo la ruina, me movía al odio.

Jamás se lo confesé a mi madre.

En su lugar, declaré que no podía seguir viviendo entre los escombros de lo que difícilmente se podía llamar un hogar. Un espacio cuyos objetos, su infinita capacidad de romperse en pedazos, y los pedazos en partículas cada vez más pequeñas hasta convertirse en menos que cenizas, nunca dejaba de recordarme que estábamos enfermos del dolor de Mariana, y que aquella no era una afección que se pudiera reparar. Mucho menos si no se la nombraba, como era el caso.

Y lo único que Mariana me dijo fue que no quería que su papá la viera así. No quería que se enterara de nada. Y poco después comenzaron a redactar la declaración y hacer preguntas, las mismas preguntas dos veces, tres veces, como pensando que así la cazarían en alguna mentira. Después de esa vez, nunca volví a pegar ojo ninguna otra noche en toda mi vida.

Recuerdo un seis de enero, mañana de Reyes. Mi papá me llamó desde la calle.

—Bere, hija, ven a ver lo que te trajeron... —escuché.

Me incorporé de entre los jirones de la sábana y fui descalza hasta la puerta.

Apenas comenzaba el día, hacía frío y todo me pareció gris. Ese día se veía más viejo que nunca, pero sonreía. Un bulto de grandes dimensiones reposaba sobre sus brazos. Me tallé los ojos y seguí hasta el borde de la banqueta. Entonces lo vi. Era un corral de ponys y caballos de juguete dentro de un empaque de colores fosforescentes. Una línea de luz se desplazaba sobre la superficie plastificada: eso era lo único que había estado esperando toda mi vida: *algo* nuevo, un algo entero, con todas sus partes. Mi papá no tuvo tiempo de envolverlo para regalo, aunque yo no concebía mayor sorpresa que ver esos colores estridentes. Era una certeza entre demasiados misterios.

Me gustaría saber por qué lo primero que se me ocurrió fue llamar a mi mamá. Qué ingenuidad.

—¡Mamá! ¡Ven a ver mis reyes! —llamé.

Me paré al lado de mi papá, pronta a recibir el paquete con las manos abiertas, y ambos vimos a mi madre asomar la cabeza por la ventana. Miró el empaque del regalo —apenas sí cabía en mis brazos— y luego lanzó una mirada a mi papá. Esperé

el repaso de su mirada, esforzándome en reprimir la dicha que me provocaba recibir algo más que cortinas, sillas o cacerolas, todo lo que era indispensable para satisfacer el apetito destructor de la casa, pero ella no me vio. Con los labios blancos de rabia, se reincorporó a la sombra.

Su indiferencia ante mi placer fue como abrirle el corazón a una bestia.

Yo, a diferencia de Mariana, estaba sana y salva de los traumas que la aquejaban, pero parecía que mi madre se empeñaba en enderezar la balanza.

Siempre pensé que aquel plato debió haberse roto como era natural. No por mi hermana. Por mí.

Yo no sé qué quieras hacer tú con tu vida. Debes vivir demasiado tranquila. En un ratito yo me muero, Berenice. A lo mejor deberíamos despedirnos como madre e hija. Fíjate que no vaya a suceder como la muchacha esta que se murió de cáncer acá en la calle de enfrente. Dicen que ella estaba bien, con buena salud, y se empezó a enfermar desde que se enteró de que su papá tenía otra mujer. El rencor se le hizo carne en el hígado y la pobre se murió con el coraje guardado. Y todo porque jamás quiso decirle lo que pensaba al señor este. Ni cuando agonizaba le quiso decir nada, aunque dicen que ella lo veía con muchísimo coraje. ¿Por qué no me he muerto de cáncer?

A pesar de la mala vida que llevamos juntas desde la muerte de mi papá, traté de convencerme de que mi madre no era una esas viejas cuya única motivación en la vida es hacer pagar al resto del mundo por sus desgracias. Sus desaires, me decía yo, son razonables a la luz de los hechos. Sus frustraciones, como todo género de dolor, se manifiestan gratuitamente, pensaba. Quizá el desprecio era un recordatorio de que ella jamás iba a estar allí para nadie y para nada más que mi hermana y sus necesidades.

Por ejemplo, Mariana oculta detrás de la puerta, pasándole la bacinilla a mi mamá. Pero podía ser esa clase de necesidad o cualquier otra: los platos sucios con alimentos roídos apenas por encima, las sábanas manchadas de amarillo o de sangre, toallas sanitarias mal enrolladas, envolturas de papas fritas y galletas, empaques de jabón, cajas de medicamentos, hojas sueltas de revistas y libros y un montón de cosas más que mi madre le proveía y que Mariana hacía desaparecer en la penumbra de su habitación cuando una de sus manos descarnadas, casi transparentes, emergía del quicio y arañaba frenéticamente el suelo hasta atenzarlas.

Ver esa garra hambrienta que yo me figuraba sucia, demandante y parasitaria me empujaba al odio. La imaginaba avarienta y perezosa dentro de su habitación, donde la suponía cómodamente echada sobre una cama intacta —pues nada que entrara o saliera de su habitación se rompía como lo nuestro—, afortunada de no tener que compartir con mis papás y conmigo aquello que nos pudría la ropa y desvencijaba

los muebles, que quebraba las ventanas y los platos y los vasos, dejaba desdentados los tenedores y las cucharas sin mango.

¿Por qué Mariana se ha librado?, lloraba entonces (tal vez lo sé ahora con toda certeza, pero antes no.)

Todo eso que la casa nos arrebatava debía de ser una especie de triunfo para mi mamá: la justicia divina actuaba en favor de Mariana.

En cuanto a mi papá, se degradó igual que el resto de los objetos. Su vida, como las cosas, se astilló en un santiamén.

No es bueno saber las cosas, pero yo creo que hace más daño guardárselas y no decir-las. Tú corriste con suerte, nuestra vida, desde lo del plato, fue una vida dedicada a ver que todas las cosas se rompían y se picaban y se echaban a perder hasta que nos quedamos sin nada, pero tu papá tuvo que andarle rogando a los vecinos que nos hicieran el favor de guardarnos todas tus cosas. Yo le dije que todo, bien acomodado, cabía en el cofre, pero él siempre estaba muelle y muelle con que un día de estos algún caco podía acercarse a la casa y descubrir el cofre escondido debajo de las bolsas de la basura. Él siempre estaba pensando en ti, en nadie más. Tus libros, tu ropa, tus útiles, tu uniforme, tus juguetes, tus documentos, tus fotografías, todo lo tuyo.

Quisiera saber qué pensaba Mariana de nosotros. De ver cómo vivíamos papá y yo y de la clase de mujer en que se había transformado mi mamá, sobre todo qué idea tuvo de mí conforme me fui haciendo más grande y más inconforme con todo lo que sucedía en nuestra vida quebrada, que yo rechazaba abiertamente pero que no tenía todavía el valor de dejar atrás porque sentía que, al igual que mis papás, yo tenía una deuda con ese dolor. Me quemaba las entrañas ver a mi papá tocar todas las noches a la puerta de Mariana, darle las buenas noches, o los buenos días, o de vez en cuando avisarle:

—Hija, voy a visitar a tu tío Mauro, anda algo enfermo y tu tía Carolina quiere que veamos qué vamos a hacer con él.

Y unos días más tarde:

—Mijita, tu tío Mauro ya falleció, el pobrecito no aguantó la operación.

Y al día siguiente:

—Mija... —y un roce con las puntas de los dedos en la puerta, y ver que la puerta se imponía ante el dolor de mi papá como una pared demasiado alta para treparla.

No creo que las tumbas sean tan temibles como lo fue entonces aquella puerta blanca que, a veces, me daba envidia dado que todo lo que yo tenía por puerta en mi cuarto era una cortina que se deshilachaba minuto a minuto y había que sustituirla cada cierto tiempo; esa misma puerta blanca que, en otras ocasiones, me fascinaba,

porque me hacía plantearme las interrogantes de lo que bajo ningún concepto debía preguntar, robándome el sueño y el apetito, poniéndome mal.

Me fui dando cuenta de que, detrás de la puerta, mi hermana se encontraba herida de muerte. Pero cuando todo ocurrió, yo todavía era una niña a la que su papá podía sentar en su brazo y todos mis dolores eran los de la necesidad. Me hubiera resultado hartamente difícil imaginar el dolor provocado por la transgresión de un extraño.

Pero, entre más lo pienso, es más lo que puedo recordar.

¿Y mi Mariana? A ella siempre se le destinaba lo necesario para vivir, nada más. Pero tu papá ya jamás tuvo el gesto de regalarle nada, ni un juguete, ni cositas de las que les gustaban a las niñas. Yo creo que en su mente de él ya no era una niña. Pero sí era cuando se encerró, tenía trece años. Yo la comprendí. Me dolió mucho vivir separada de ella porque quería consolarla y sacarle poco a poco de su alma todo el sufrimiento que le causaron. Yo sé que una no se olvida nunca de esas cosas, una jamás se va a olvidar de nada. Cuando nos la trajimos de regreso en el taxi, Mariana no paraba de llorar. Le dije que ahora que estaba con nosotros ya no la iba a volver a descuidar ni un solo momento de su vida. Ella nada más me decía Por qué me hicieron eso, por qué me hicieron eso, por qué me hicieron eso.

Todo había comenzado un jueves en la tarde con una ida a la tienda y acabó un sábado cuando mi madre bajó volando la escalera, de madrugada, para responder el teléfono en la cocina.

—¡Mi hija! ¡Es mi hija!

Aquellos gritos me arrancaron del sueño. Siento como si toda mi infancia me la hubiera pasado durmiendo en los momentos cruciales. Creo que pensé que era la llegada de la Navidad.

Bajé a la cocina, torpe de movimientos, y vi a mi papá sentado en una de las sillas del comedor con los dedos ceñidos al camisón de dormir de mi mamá. Miraba al suelo, reconcentrado. Mi mamá no hablaba mucho, solo decía que sí o que no y temblaba al respirar. Pero mi papá permanecía quieto como una estatua pensativa y, por alguna razón, no sé cuál, me fijé en su bigote, en lo ralo que era, incluso patético a la luz del presente, como el de un adolescente frustrado con un pobre crecimiento de vello en el rostro, y a partir de esa noche, por esa observación, comencé a tomar conciencia de que estaba produciendo recuerdos en el momento presente y que algún día, faltando mi papá, me acordaría de él justo como lo veía en ese instante. ¿Será que a partir de ahí empecé a soñar con él? Aún no sé qué significa.

Pero hasta entonces, yo, la niña, solo había poseído la cabeza suficiente para saber que hechos ajenos a mi atención sucedían en torno a mi hermana. Sin embargo, no

recuerdo su ausencia. ¿Hay justificación posible, dadas las cosas insólitas que sucedieron en el transcurso de los nueve días que estuvo secuestrada?

Un día mi papá me llevó de la mano a las oficinas de la Procuraduría. Otro día me ordenó quedarme quietecita y calladita en la sala de espera de un hospital; otro, o el mismo, descendimos a la estación de metro más recóndita de la ciudad, apeándonos y transbordando en puntos donde había que doblar pasillos y más pasillos para cambiar de línea; más tarde, subimos a camionetas con letreros fosforescentes, camino de paraderos que para mí eran como el destino de un paseo de fin de semana, pero que posiblemente deben de ser los sitios más temibles que haya pisado en toda mi vida. En cada subida, en cada bajada, mi papá preguntaba, sudaba, temblaba.

Mi madre se quedó en casa. Resguardaba el teléfono las veinticuatro horas del día confiada en que todo se aclararía con una llamada (tenía razón).

Y no me di cuenta de nada.

¿Era una niña particularmente tonta o solo indiferente? ¿O un poco malvada?

En una de aquellas búsquedas —cazábamos a la administradora de una clínica fuera de su oficina— mi papá me había confesado que mi hermana no estaba bien. Pregunté si estaba enferma y, en mi fuero interno, si habría hecho algo que enojara a mis papás, meritorio de castigo. Mi papá me miraba a través de sus anteojos redondos.

—Marianita está perdida, hija —empezó a explicar.

Y como se instaló entre nosotros una larga pausa y yo no manifesté nada, él continuó diciendo:

—Me pidió permiso para salir al Centro. Se fue a dar una vuelta con las chamacas de la escuela con las que se juntaba y no ha vuelto. No ha aparecido.

Y que por eso íbamos a tantas partes a ver a toda esa gente rara.

Él parecía muy convencido de lo que me contaba, pero no. Mi papá mentía. Mi hermana no había desaparecido en ninguna de las circunstancias por él descritas, salvo el hecho de que había salido a la calle. En todo lo demás, se había inventado la salida de Mariana con las amigas. Y mi mamá jamás tuvo el valor de corregirme en esa equivocación después de que él murió porque su sacrificio, adjudicarse la culpa de la desaparición de Mariana, quiero pensar, hubiera sido en vano...

¡Ilusa! Bonito pensar, por un instante, que mi madre guardaba el secreto por respeto a mi papá.

En cambio, ahora, ella y yo sabemos todo lo que se puede saber.

¿Qué se le puede decir a una niña de una cosa así? Lo único que le rogaba a Dios era que le borrara todos sus recuerdos a mi niña o que la pusiera a dormir días y días para que al despertar yo la pudiera convencer de que había tenido un sueño muy feo. Pero su pobre cuerpecito no se iba a olvidar de una cosa así. La tenían en una casa. La

amarraron de las manos y la colgaron de una varilla. Eran tres hombres. La dejaron dos días así, colgada, y al tercer día llegó un hombre distinto de los otros tres y se fue. Y ese mismo día llegó otro hombre y se fue. Y pasó un día y llegó un hombre y pasó un día más y llegaron tres, pero ella ya no... Mi hijita ya no sabía nada. Ella pensaba que había estado años allí colgada. Entonces pasaron ocho días y llegaron los tres hombres que la habían colgado y la subieron en la cajuela de un coche. La tiraron en una milpa. Fue una anciana quien la encontró y llamó a la patrulla. Cuando llegó a la Procuraduría, Mariana pasó otro día sentada en una silla, tapada con una jerga y un chaleco que le prestó un policía, y le preguntaron una y otra vez las mismas cosas que le iban a preguntar después cuando yo llegara. La revisó un doctor y tomó muestras y después la tuvo que coser porque estaba con una hemorragia. No le dieron más que antibióticos, nada más, porque era todavía una niña. Pero nadie nos avisó nada hasta la madrugada. A lo mejor si ese mismo día que la encontraron yo hubiera estado allí, mi hija no se me hubiera querido encerrar para ya no vernos más. Porque a lo mejor pensó que yo no la había querido buscar.

¿Qué fue lo primero en romperse en esa casa? ¿Yo? No. Ni mi padre.

¿Y Mariana? Definitivamente.

Pero, por una u otra razón, la primera en la que pienso es en mi madre. Su cara de desconcierto cuando el plato impactó el suelo y bailó ruidosamente girando sobre sus bordes, completamente intacto.

Ese plato, que no se quebró como era de esperar —desde entonces, mi mamá lo atesoró como un amuleto durante algún tiempo—, y la puerta de la habitación de Mariana, fueron las dos únicas cosas que se salvaron de la destrucción que atacó la casa.

Por lo demás, los muebles, los trastes, los aparatos y las instalaciones, nuestras ropas, todo quedó reducido a polvo por la «enfermedad».

No ha pasado ni un día en que no piense en mi hija allí colgada. Si me la hubieran regresado muerta, me habría muerto con ella. Por eso mi prioridad fue vivirla a tu hermana. A ella y a nadie más. Porque ya sabía que mi hija se me iba a ir primero de este mundo que yo, y no quería dejarla a su suerte, contigo o con tu papá, porque ni él ni tú sabían nada. Si yo me moría, ninguno de ustedes la iban a ver como era debido. Y la casa no deja de romperse. Aunque mi niña ya no sufre, las cosas se siguen rompiendo o se acedan en un abrir y cerrar de ojos. Pero ella no tenía nada que ver con eso. Ayer, después de muchos años, ya no me agarró la comida. Inmediatamente supe qué había sucedido, abrí la puerta y entré. Nosotros fuimos la cruz de su vida, Berenice, porque todo dentro de su cuarto estaba entero y limpio. Mariana estaba acostada en la cama, tapada de pies a cabeza con las sábanas. Su bultito era muy pequeño, no el de una

mujer de treinta y dos años. No quise verla. Me dediqué a ventilar, abrí los cajones y el ropero, aunque el aire allí no olía a nada y no vi manchas de humedad ni polvo. Todo estaba acomodado, doblado y limpio. No tardé más de cinco minutos en ordenar. El resto de la noche la pasé durmiendo al lado del cuerpo de Mariana.

Hoy en la mañana desperté espantada. No por tu hermana, por otra cosa que recordé en sueños. ¿Te acuerdas de que guardé un tiempo el plato? No sabía qué hacer con él, no quería verlo, pero tampoco quise echarlo a la basura. Pensé dártelo para que lo guardaras dentro de tu cofre, pero un día lo perdí de vista y ya no quise buscarlo, para qué. Fue mejor así. Pero luego de eso yo no sé por qué tuve la idea de que tu hermana lo tenía guardado en su cuarto. Hasta llegué a pensar que a lo mejor ella había salido a escondidas a buscarlo. Y eso me dio esperanza.

Hace rato, antes de salir acá a la banqueta para escribirte esta carta, busqué el plato en el cuarto de tu hermana. No lo vi por ningún lado. A lo mejor Mariana lo tiene con ella debajo de las sábanas, todavía no tengo ánimos para verla, pero pronto. No quiero dejar pasar un día más como esa vez.

Cuando vuelva de correos voy a entrar a su cuarto, voy a cerrar la puerta y me acostaré en su cama. Ya veré cómo hago para volver a estar con ella.

Leo la carta de mamá por quinta vez esta noche. Ha tardado siete días en llegar, pero aún esperaré hasta mañana para llamar a la policía. Si es que sigue viva, no pretendo interrumpirla.

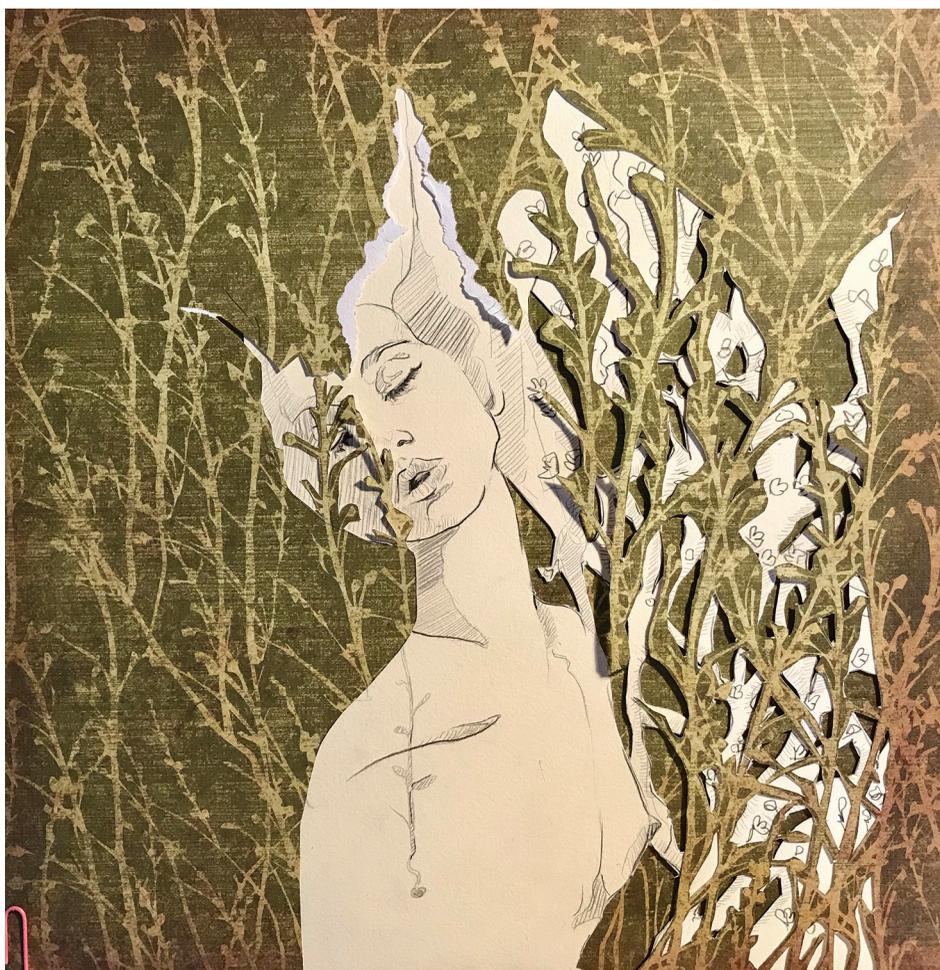
La visión de ella, desaliñada y sucia, con sus harapos rodándole por la carne amarilla, sentada en la banqueta frente a la casa escribiendo con la punta de un lápiz, los labios recogidos sobre los dientes gruesos de masilla y sarro, los ojos húmedos y calientes, el movimiento acompasado de la muñeca, coqueto en su semiparálisis, y mil detalles más de macilenta felicidad, desborda mi imaginación, se sobrepone a todos los hechos, a Mariana, incluso.

No me cabe ninguna duda, releendo la carta —porque la leo y la releo y, aunque reconozco la letra de mi madre y su forma de hablar, aún no estoy lista para convencerme de que todo ha acabado para ellas y que para mí apenas comienza—, de que todo se lo ha guardado pensando en la llegada de este día, pensando en mí. Se ha llevado a la tumba el gusto de saber que yo no podría hacerme de la vista gorda una vez más, como siempre, porque ya no soy una niña. Ya no existe la posibilidad de que el tiempo obre en mi favor.

Qué rápido se alivia una del dolor de los otros, pienso. Qué rápido cree una que puede poner las piezas de vuelta en su sitio cuando no es una la que se ha roto. Mellas, manchas, heridas hay en todas partes, se curarán con el tiempo o con la desmemoria, pero en ciertos casos la vida cae el suelo y se desperdiga como los platos rotos. Esquirlas repartidas en todas las partes de la casa, perdidas para siempre bajo

las patas de la mesa, camufladas con el polvo y la oscuridad debajo de la estufa o de la alacena, en cualquier rincón salvo en donde deberían estar.

Parece ser que, a excepción de este plato que sujeto como un salvavidas entre mis manos, todo se rompe.



Mantente firme (2021). Litografía: Paola Saldaña.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

JULIO CÉSAR ORTEGA LÓPEZ. Estudió Comunicación en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), México. Actualmente, es becario del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades del mismo centro de estudios.

Recibido: 7 de diciembre de 2020

Aprobado: 31 de enero de 2022